

mismos y á nuestras obras, ó, para hablar de una manera más explícita, reconocer francamente todo lo que merece ser reconocido en la historia del mundo, en la vida del hombre, y en el reino de Dios. En segundo lugar, esa sencillez, ⁽¹⁾ esa ingenuidad, ese desembarazo en la conducta y en las relaciones, tales como las practica solamente el niño que no conoce el disimulo.

Para imitar estas cualidades, hace falta más fuerza y talento de lo que la prudencia del mundo cree. ⁽²⁾ Éste las desprecia voluntariamente como nimiedades, y no admite otra manera de vivir y otra formación, que las que consisten en el disimulo y en las astutas intrigas. Pero el espíritu cristiano no titubea en recomendar en los adultos y en los sabios la sencillez, la rectitud y la sinceridad del niño, pues sabe que para esto hacen falta la moderación de una viril voluntad y la prudencia de un espíritu maduro. ⁽³⁾

En fin, la tercera cosa que pertenece al «Gemüth,» es la simpatía, el carácter comunicativo y bueno del niño, quien en lo último que piensa siempre es en sí, cualidades que el hombre no adquiere, sino tras una lucha seria contra el egoísmo.

Nadie se negará á confesar que no es una bagatela apropiarse los sentimientos del niño, en otros términos, el «Gemüth,» y nadie se extrañará tampoco de la exigencia de la ley cristiana, que reclama de todos nosotros que seamos niños. No hay la más pequeña humillación en este precepto; no contiene más que una exhortación, á fin de que estemos alerta contra el último exclusivismo en el cual podríamos caer en el derrotero que conduce á nuestro fin. Nuestra fe, que no quiere ser causa de indignidad para un solo hombre, con mucha más razón no lo quiere para la humanidad entera. ⁽⁴⁾ Al contrario; si se quiere encontrar

(1) Victor Antiochen., *In March.*, 9, 36. Isidor Pelus., *Ep.* 1, 207. Bruno *In psalm.*, 112, 1.

(2) August., *Conf.* 1, 19, 30. Leo Magn., *Epiphan.*, s. 7, 3. Paschas. Radb., *In Matth.*, 9. (Bibl. Lugd., XIV, 584, d).

(3) Greg. Magn., *Mor.*, 1, 2; 8, 85; 86, 10, 48; *Evang. h.* 2, 30, 5.

(4) Clem. Alex., *Pæd.*, 1, 5, 6. Tertull., *Valent.*, 2.

personas que lleven aún andadores, hay que dirigirse al mundo. Por eso dice el Apóstol que el cristiano debe despojar al niño del mundo. ⁽¹⁾ El que no tiene bastante fuerza para seguir su conciencia, aun cuando la opinión del día, el favor de los poderosos y la turba se vuelvan contra él; el que no posee bastante independencia para saber por sí mismo lo que es bueno y lo que tiene que hacer, ⁽²⁾ sin ocuparse en lo que las grandes masas piensan y alaban, este tal no llegará jamás á ser un completo cristiano. Lo que necesitamos es hombres por la voluntad, ancianos por la prudencia, pero niños por el corazón; ⁽³⁾ entonces habrá buenos cristianos. Decimos ancianos, porque cada uno debe tener su juicio propio é independiente, el cual no se forma sino según la ley de Dios, pero que no se deja sugerir por el del mundo, ⁽⁴⁾ hombres que hacen su deber y permanecen fieles á su convicción.

He aquí lo que deben ser todos los que reivindiquen el nombre de cristianos, hombres, mujeres, jóvenes, pues todos debemos llegar á ser hombres formados en Jesucristo, ⁽⁵⁾ todos, como se dice hoy día, debemos ser caracteres. Pero para esto no hay el más mínimo obstáculo en que todos sean niños en Cristo, en otros términos, que tengan el «Gemüth.»

¡Quiera Dios que aquel que desee ser contado como uno de los nuestros, se asemeje á nuestro Pablo por el carácter, por el entusiasmo ardiente, por el valor intrépido, por la impetuosidad en el ataque, por las luchas infatigables que sostuvo para llegar á los más elevados fines! ¡Quiera Dios que también aprendan de él que no es una vergüenza para el hombre tener sentimientos de niño, de él, que, como una nodriza, se cuidaba de los ignorantes, ⁽⁶⁾ se compadecía de los débiles, como la madre del niño

(1) Gal., IV, 1 y sig.

(2) Luc., XII, 57.

(3) Sit senectus vestra puerilis et pueritia senilis. August., *In ps.* 112, en. 2.

(4) I Cor., II, 15; X, 15; XI, 13.

(5) Ephes., IV, 13, 2. Tim., III, 17. Col., I, 28.

(6) I Thess., II, 7.

que lleva en su seno; ⁽¹⁾ se regocijaba con los que estaban alegres, lloraba con los que estaban afligidos, ⁽²⁾ se hacía en todo el servidor de todos para ganarlos todos á Jesucristo! ⁽³⁾ ¡Nada de partidos, todos unidos entre sí! Tal es la divisa del Cristianismo. La gravedad del anciano, el valor del hombre maduro, la abnegación de la madre, el entusiasmo del joven, la delicadeza de la virgen, la franqueza del niño, todo esto, reunido en una sola unidad natural, he aquí lo que hace al hombre según el corazón de Dios, he aquí lo que hace, no un anciano, un hombre, una mujer, un niño, pero sí un hombre completo y un verdadero cristiano.

10. El Gemüth es el límite supremo de los deberes del cristiano.—El que quiera merecer el nombre de cristiano en toda la extensión de la palabra, tiene que realizar una gran empresa. Á menudo es preciso considerar esto con toda la gravedad que le conviene, á fin de comprender bien el lugar y la eficacia del Cristianismo en el mundo. El funesto error de gran número consiste en que conciben la vida cristiana como una escuela filosófica. Quieren ser cristianos, y aún se jactan de poder decir que son buenos cristianos. Pero con todo el afecto que profesan al espíritu de la religión, creen poder distinguir siempre entre sus doctrinas y los preceptos que ella establece para la vida. Creen que se puede estimar perfectamente la fe y tener un gran respeto hacia ella, aun cuando no hagan todo lo que pide. Mucho se engañan estos tales. El Cristianismo es tan indivisible como cualquier ser viviente. Es acción y vida, pero no una demostración filosófica que hace solamente sobresalir el lado particular de una verdad, y no dirige el llamamiento, sino á una fuerza particular del hombre. Cualquiera puede adquirir el renombre de filósofo, aun cuando no haya pensado jamás en practicar lo que enseña, y aun cuando niegue con la

(1) Philem., XII, 20. II Cor., VI, 12; XI, 29.
 (2) Rom., XII, 15.
 (3) I Cor., IX, 19, 22.

voluntad lo que cree con la inteligencia. Por el contrario, aquel que cree poder dispensarse de vivir de conformidad con la fe por medio de simples especulaciones sobre esta virtud, por medio de piadosos discursos sobre Dios, sobre la religión, sobre la caridad, y por algunas buenas resoluciones, está aún muy lejos de haber comprendido el espíritu del Cristianismo. Un cristiano debe poseer todo lo que pertenece al hombre, y, además, el espíritu, la voluntad, la acción, el carácter, el «Gemüth», la gracia, la fe y la caridad; y todo esto debe estar reunido en un conjunto armonioso.

Para ser un verdadero griego, un romano de pura sangre, podía bastar que cualquiera se impusiese al mundo por medio de su elocuencia, su habilidad artística, su perspicacia filosófica, sus talentos militares, ó por la rigidez de un carácter cínico ó estoico, suponiendo que esto pudiera llamarse carácter. La manifestación excesiva de tales cualidades aisladas produciría un efecto muy chocante entre cristianos. Pero esto es un gran testimonio en favor de nuestra fe. Un hombre en el cual no aparezca sino la inteligencia, un hombre en el cual parece vivir solamente una voluntad inflexible, un hombre que no quiere vivir sino para sí como carácter, no es más que una mitad de hombre según nuestras ideas cristianas, aun cuando los que disponen sus pensamientos según las ideas antiguas ó humanistas le feliciten como el ideal de un gran hombre. Desde que no hay ya *filosofema* humano exclusivo, sino que la religión divina revelada ha llegado á ser la base de nuestras concepciones, reclamamos alguna cosa completa por parte del hombre. Ahora bien, este todo no es definitivamente completo, sino con lo que llamamos «Gemüth». Esperamos, es verdad, que el hombre interno, la inteligencia, la fuerza de voluntad, y particularmente el carácter, es decir, la unión de todas las potencias internas del espíritu y de la voluntad formando un todo completo, constituya el núcleo propiamente dicho del cristiano; pero lo que debe dar á ese todo el esplendor y santi-

dad, es el «Gemüth,» que es, por decirlo así, la piedra de toque de todo nuestro contenido interno.

De aquí que nuestro Maestro diga que, en el último día, basará su juicio sobre nuestro valor, examinando si hemos tenido corazón para las miserias del prójimo, y si hemos probado nuestra compasión por medio de actos, allí donde podíamos. No que el juicio entero se limite á esta sola cuestión, pues seremos también interrogados, y en primer lugar, sobre la fe, sobre la obediencia á sus mandamientos, sobre nuestra adhesión á su Iglesia, y sobre la conducta que hemos observado bajo la dirección de la misma. Pero la última cuestión que decidirá de todo será la de saber si esas convicciones interiores han penetrado igualmente nuestra vida exterior, y si lo que hemos hecho ha sido ejecutado de tal manera, que parezca ser el desbordamiento natural de nuestro interior y como una justificación efectiva de nuestra fe ante todos los que nos veían.

11. El ejercicio de la caridad efectiva para con el prójimo como deber del *Gemüth* en el Cristianismo.— Ahora bien, precisamente á causa de esto, podemos decir con seguridad que el Cristianismo no es un incentivo para ciertos aficionados á las singularidades, ó un campo cerrado reservado á algunos individuos dotados de relevantes cualidades, sino una religión para todos. Todos están obligados á someterse á él; todos encuentran en él alimento y ocupación intelectuales; todos pueden, si lealmente lo quieren, convencerse de que en él está la verdad, por diversas que sean sus inclinaciones y disposiciones naturales. El hombre de pensamiento y de especulación no encontrará ninguna filosofía que tanto le engrandezca; el psicólogo, en ninguna parte encontrará una sabiduría de la vida que le penetre más profundamente. El que aprecia la energía de la voluntad y el carácter, puede preguntar al mundo entero si encuentra una institución de vida que exija más valor, más inflexibilidad y solidez; y si alguno hace poco caso de esto, y no busca la señal característica de la verdadera y útil religión, sino en la vida activa, en la conducta

externa, con mucha mayor razón está obligado á atenerse á la fe cristiana. En verdad que no debemos temer el referirnos á la vida práctica; al contrario, podemos hacerlo con toda seguridad. Sin caridad efectiva para con el prójimo, sin actividad social viviente, fructuosa, Cristo, según sus propias palabras, no nos conoce y no podemos ser cristianos. ⁽¹⁾

Pero que todos se penetren bien de nuestro pensamiento. No nos referimos aquí casi exclusivamente al hecho de que el Cristianismo, y todo aquel que lleva en sí el verdadero espíritu cristiano, han llamado la atención del mundo, desde su origen hasta la hora presente, sobre la verdad y sobre la vida por medio de obras vivas de caridad. Este es también un testimonio en favor de nuestra fe, y quizá el solo hecho que nadie hasta el presente ha osado poner en duda, desde Juliano el Apóstata hasta nuestros días. Pero debemos examinar aquí otro aspecto de la cuestión. Podría ser un efecto de la casualidad el que el Cristianismo haya sobrepujado de hecho, en este terreno, á todas las demás instituciones de vida. Se trata, pues, de saber si nuestra religión, en armonía con su más íntima naturaleza, posee la fuerza y el poder suficientes para producir dicho resultado. Pues claro es que, si quiere ser la primera, la sola verdadera religión, está obligada á hacer todo lo posible, bajo este aspecto, y dejaría de parecer lo que quiere y debe ser, el día que dejase de cumplir esta obligación.

Bueno es insistir sobre esta obligación de la vida del «Gemüth», aun más que sobre el hecho honroso de que jamás hombre alguno nos haya disputado la preeminencia en este punto. A nuestros días estaba reservado atacar esta cuestión como todas las que son innegables. No queremos decir que alguien se haya atrevido á negar que los cristianos y las épocas cristianas, en todo tiempo y lugar, hayan superado á sus rivales en este terreno, sino únicamente que se ha pretendido que se debe á una coincidencia puramente externa el que los cristianos y las épocas del

(1) Joan., XIII, 35. I Joan., III, 23; IV, 8, 20.

sentimiento cristiano más ardiente, se hayan distinguido sobre todo por la dulzura, que esto nada tiene que ver con la fe cristiana, y que, en la mayoría de los casos, otros motivos, y no los religiosos, es preciso buscar como base de la caridad cristiana. ⁽¹⁾ En este caso, permítasenos preguntar qué es lo que esos críticos severos entienden por Cristianismo, y dónde han aprendido á conocer la doctrina y la vida cristianas. ¿Quién querría reconocer en nosotros al cristiano, si cerrásemos nuestro corazón á los pobres, ⁽²⁾ y si hiciésemos arrojar por la policía á los mendigos de las puertas de los templos, de este puesto de honor que ocupan desde tan largo tiempo? ⁽³⁾ Que un pequeño monasterio, que la habitación de un sacerdote estén tan alejados como se quiera; los pobres que llegan por primera vez al país, y los ricos que también tienen necesidad de la limosna del consuelo y de la oración, los descubrirán, aun cuando hasta entonces no los conozcan. ¿No es esto un testimonio en favor de nuestra religión? ¿Para alejar á los pobres y á los necesitados, ¿se necesita algo más que esta corta noticia: Se ha operado un cambio en la fe en este convento, en ese sacerdote? ¿Acaso cree el mundo que aumentaría la caridad, si disminuyese esta religión, cuya enseñanza es: La religión pura y sin tacha delante de Dios consiste en cuidar de los huérfanos y de las viudas, y en preservarse uno puro de las inmundicias de este mundo? ⁽⁴⁾

Ya se ha hecho la prueba. Han suprimido los conventos é impedido las fundaciones piadosas. ¿Qué ha ocurrido con los pobres desde que la policía reemplaza al sacerdote? ¡Ah! ¡los pobres no escriben periódicos ni memorias! Mas hay una cosa que saben sin particular estudio, y es que encontrarán que comer mientras haya en el mundo un Cristianismo viviente; pero ¡qué tristes días amanecerán para ellos cuando se ataquen la libertad y las creaciones

(1) Lecky, *Sittengesch. Europa's*, von Jolowicz, II, 57.

(2) Joan., III, 17. Jac., II, 15, 17.

(3) Act. Ap., III, 2. Chrysost., *In 1 Thessal. hom.*, 11, 4. *De verbis Apost habentes*, 3, 11. (Chrysost.), *De negat. Petri*, 3. Gregor. Mag., *In Evang. hom* 15, 5. *Dialog.*, 4, 14.—(4) Jac., I, 27.

de esta Iglesia, que tiene por principio, que los pobres y los afligidos son el altar en que han de depositarse los dones que se quieren ofrecer á Dios en sacrificio de agradable aroma! ⁽¹⁾

Es, pues, innegable que la religión entra por mucho en la determinación de la justa manera de practicar la caridad; y tanto, que sólo ella enseña el gran arte de practicarla. No negamos que se haga mucho bien fuera de las esferas cristianas. El mundo antiguo ejerció la beneficencia, y algunas veces en alto grado, así como el Islám lo practica aun en el día de hoy; esto es incontestable. Y si en una acción, el aspecto externo es el que debe decidir, no hay duda de que nosotros los católicos no podemos dar mucho en comparación de las grandes sumas que ordinariamente son distribuidas en otras partes; pero la cosa cambia de aspecto si consideramos la manera como estas sumas son repartidas y el espíritu de que provienen. Si consideramos la forma con que la antigüedad ejerció el reparto de la limosna, es cierto que siempre y en todas partes era ejercida en la forma que más rebajaba y demoralizaba á los más pobres, que era la más gravosa para los propietarios, que extinguía más seguramente la caridad y el sentimiento de amor al hombre, es decir, en la forma de socorros organizados de un modo oficial por el Estado, con el fin de subvenir á las necesidades de los pobres inscritos en los registros públicos.

En aquel tiempo, el mundo no sabía lo que era la beneficencia voluntaria, practicada personalmente, ni los testimonios de caridad que brotan del corazón y producen en el mismo un efecto ennoblecedor, á no ser que llamen voluntario lo poco que se da para apartar de sí considerables inconvenientes y serios peligros. Así sucede por todas partes en el mundo. Allí donde el Cristianismo no reina, el cuidado de los pobres, suponiendo que se imite de él por motivo de envidia, es asunto político de una necesidad enfadosa, pero no humanidad y mucho menos religión. Só-

(1) Chrysost., *In 2 Cor. hom.*, 20, 3.

lo el Cristianismo ha hecho del auxilio de los pobres un medio de favorecer á la humanidad, elevándola á la categoría de religión, y de ésta un medio de desarrollar el «Gemüth»; y solamente de esta manera es como el cuidado de los pobres ha llegado á ser un beneficio. Podrá suceder que no podamos gastar la mitad de las sumas que un Graco, un César, un Augusto distribuían al pueblo ocioso de Roma, á fin de poder celebrar en paz las carreras de caballos y los juegos sangrientos de los gladiadores. Sin embargo, manos cristianas dan infinitamente más al pobre. Lo que el hombre oficial encargado de distribuir la limosna da, no es mucho en sí, sin contar que da una moneda muerta, que mata la caridad y la gratitud; todo corazón cristiano da más, porque tiene siempre algo que dar, aun cuando sus bolsillos estén vacíos, y en todo caso, da algo que vale más que el oro y la plata. Una palabra de amistad, un corazón ardiente, hacen más bien al pobre que cualquiera limosna material. Un servicio personal hecho á un enfermo, por pequeño que sea, y aun cuando no le cure, es para él de un valor inmenso. El más pequeño socorro hecho voluntaria y amigablemente, por el amor de Dios, y también por motivos religiosos, ofrece al pobre, con el don muerto, un corazón compasivo, y, con esto, lo que sólo le puede consolar y engrandecer en realidad. Lo que más oprime en la pobreza involuntaria, es la poca estimación, por no decir el desprecio, que la acompaña. Es duro ser pobre; pero verse tratado como un ser indigno por el prójimo, únicamente porque éste posea algunas pocas pesetas más, ved aquí lo que descorazona.

Si á más de esto, se llega á dar la limosna al pobre de una manera que le avergüence y arrebate su dignidad, es irritante para el que todavía conserva un resto de sentimiento de honor, y el pobre no carece de él. Mas el arte de dar, con el socorro material, consuelo, fuerza, honor y energía á un desgraciado; el secreto de inspirar al que sucumbe, con una pequeña moneda, una fuerza sobrenatural que le haga superior á sí mismo y le eleve hasta Dios, só-

lo es propio de la caridad cristiana, pues sólo ella posee tales cualidades; pero entiéndase bien, no toda beneficencia proveniente de cualquier cristiano y de cualquier asociación cristiana, sino sólo esa caridad que procede de un corazón cristiano, verdaderamente religioso.

El Cristianismo, pues, al hacer de la limosna una obligación religiosa, al elevar así una acción ordinaria á la categoría de una acción del «Gemüth,» no ha hecho sino transformarla en virtud y en medio de purificación moral, tanto para el que da la limosna como para el que la recibe.

¡Ojalá pueda el mundo, para su propia salvación, prescindir de esos prejuicios, y aprender precisamente de esta religión, á la cual dirige el reproche de no ser sino vana exterioridad, que todo lo que lleva en sí exteriormente la apariencia del bien y de la beneficencia no llegá á ser moralmente bueno y útil, sino por el espíritu de la caridad y de la religión, que ninguna otra filosofía ó religión, excepto el Cristianismo, ha osado establecer como ley.

12. Serenidad del *Gemüth* cristiano.—Quizá entonces no le fuera difícil al mundo deshacerse de otro prejuicio referente á otra cuestión que está estrechamente ligada al «Gemüth» cristiano, y llegar á comprender, en su propio provecho, una verdad, que, por lo menos hasta ahora, parece que ignora por completo.

En todo tiempo, el mundo ha estado acorde en decir, sin previo examen, que la vida del cristiano es una vida triste y aburrida. Ya los primeros cristianos soportaron este reproche, dirigido por los que no conocían su conducta más que por lo que habían oído decir. ⁽¹⁾ Inútil probar que esto es enteramente falso. Todos los que conocen por experiencia propia á esos hombres en los cuales reina un cristianismo viviente, saben que en ninguna parte se encuentra tan cordial acogida, una hombría de bien tan franca y una serenidad tan inocente, como en ellos, desde el momento en que pueden encontrarse en relación exenta de violencia con espíritus verdaderamente cristianos.

(1) Minucius Felix, *Octav.*, 2.